

EL MAESTRO GUERRERO

FÉLIX DEL VALLE Y DÍAZ

Numerario

La iglesia de San Andrés estuvo cerrada después de la guerra durante mucho tiempo. En sus sótanos había un cierto número de esqueletos momificados que a los muchachos de mi edad, los que yo llamo «los niños toledanos de la posguerra», nos gustaba visitar de vez en cuando. Había que tener «enchufe», como decíamos, para ser admitido en aquellos reducidos grupos que, muy de tarde en tarde, organizaba el hijo del sacristán, mi amigo Mariano Sánchez Briones. Cuando algún que otro amigo me pedía hiciera lo posible para su inclusión en esos grupos, yo le recomendaba si quería tener prioridad que se hiciera con alguna linterna, pues la iluminación con velas era muy peligrosa por la alta inflamabilidad de cuanto había en el sótano, especialmente los cabellos de las momias, si querías verles la cara.

Ya sólo la entrada en la iglesia polvorienta, abandonada, sin luz eléctrica ni ruidos, atenazaba nuestras gargantas con una mezcla entre el miedo emocionante y el temblor de la valerosa aventura, sabiendo sobre todo que aquello era sólo el comienzo de lo que nos esperaba en los sótanos. No voy a describir aquí, pues no he venido a eso, cómo se te quedaban las manos frías a medida que bajabas a oscuras aquellas escaleras de madera crujiente, ni cómo te faltaba la voz cuando querías encontrarla y al sentirte en la obligación de decir algo para demostrar tu valentía a los demás, veías cómo habías perdido el control de tus cuerdas vocales y sólo te salían palabras demasiado bajas que nadie podía escuchar, o demasiado altas que obligaba a los demás a pedirte silencio con unánime siseo.

Después de una de estas «excursiones», nuestro cicerón, mi amigo Mariano, quiso ampliar la misteriosa visita y nos subió al coro de la iglesia. Allí, entre grandes ciriales y reclinatorios apilados había un armonio con un bonito mueble de madera en uno de cuyos travesaños nos mostró escrita a lápiz una firma; íbamos leyendo según avanzaba la fila: «Jacinto Guerrero», pudimos leer todos con claridad. Mariano, que decía saber la historia del firmante, nos la resumió de la siguiente manera:

«Este tal Jacinto había sido monaguillo de esta iglesia y seise en la catedral y, como era muy listo y aprendió música, tocaba este órgano en las fiestas y dejó su firma a lápiz como prueba de ello».

La historia nos impresionó más que la visita a las momias. En aquel grupito de siete u ocho, por lo menos tres éramos monaguillos de alguna parroquia toledana; y comenzamos a sentir verdadera admiración por aquel Jacinto Guerrero que, teniendo nuestro «rango» y nuestra edad, había sido capaz de manejar las teclas y los registros de aquel armonio del que pensábamos brotarían bellas melodías en las fiestas de aquella iglesia, en ese momento vacía, pero que imaginábamos llena de gente escuchando atónitos la música de nuestro colega.

Cuando nosotros mirábamos aquella firma y conocíamos aquel nombre por primera vez, era, creo recordar, el año cuarenta. Ya Jacinto Guerrero había conocido el triunfo. En 1921 se había estrenado con éxito en Barcelona su obra «La Alsaciana», había puesto música a «La Pelusa», a «La Hora del Reparto», a «El número 15»... y poco después al «Rey Nuevo». Pero el éxito verdadero en el mundo del teatro, el que viene acompañado de la fama y el dinero, no empezó a sentirlo hasta el 1923 con su obra «Los Gavilanes».

Siguen a esta singular zarzuela, «Don Quintín el amargao», «El Huésped del Sevillano» y, para coronar su capacidad creadora, brota de su corazón en 1930 lo que yo estimo su obra cumbre: «La Rosa del Azafrán» que, con libreto de Federico Romero y Fernández Shaw, dejó para el mundo el mejor cuadro costumbrista musicado de ambiente castellano-manchego que haya dado jamás la Historia del Arte escénico-musical.

No haré un catálogo de su obra. Escrito está ya por algún sitio. Puesto que el escaso tiempo de que dispongo no da para más, sólo comentaré, brevemente, repito, algo relacionado con su gloriosa zarzuela «La Rosa del Azafrán».

Ya con «El Huésped del Sevillano» se había acercado el maestro Guerrero a su Toledo, pero habría de acercarse aún más; le quedaba por expresar el aire costumbrista toledano-manchego, habría de paladearlo con su música y sus cadencias sensitivas retratando musicalmente a mozos y mozas de su tierra. La rosa del azafrán, su laboreo y recolección... pero lo más importante, las esencias de los amores de los habitantes de la Mancha toledana; incluso, por qué no, de su propio pueblo, Ajofrín, donde el cultivo del azafrán también se había extendido en algún momento, como retrató también el cultivo de los amores de sus mocitas en flor. Experimentó Jacinto Guerrero la emoción de su paisanaje y nos la dejó para que nosotros podamos sentirla. Destapó el frasco de sus esencias en esta obra y lo vertió en los pentagramas de sus papeles en forma de notas musicales. Para lograrlo había viajado a La Solana, corazón de La Mancha, junto a los libretistas de su obra cumbre, Romero y Fernández Shaw, para bañarse en su ambiente y beber en hechos frases y costumbres, a fin de lograr la ambientación fidelísima en que está impregnada su «Rosa del Azafrán».

Recogeré algunas frases que, a modo de crónica de un viaje, publicaron después en las páginas teatrales del diario ABC sus amigos y compañeros en la excursión, Romero y Fernández Shaw.

«Nuestra excursión tiene un objeto sencillísimo: que Jacinto Guerrero, natural de la Mancha Alta y, por tanto, profundamente conocedor de sus cantos populares y de sus costumbres típicas, conozca también los de la Mancha Baja».

En sus apuntes dejaron estos dos grandes escritores constancia de las costumbres paisanas, y también del estado del paisaje de aquella época. Veámoslo en este párrafo:

«De vez en cuando, en tierras toledanas, un buen trozo de carretera por donde se puede correr. La entrada en Ciudad Real se manifiesta sin hitos ni carteles, por el sencillo hecho de que no hay palmo transitable.

«Aranjuez: huevos y jamón. Ocaña: el presidio. El rollo de la justicia. La Guardia: casas trogloditas incrustadas en una loma...».

Los compañeros de viaje de Jacinto Guerrero van desgranando con sus letras episodios que a ellos mismos pudieron inspirar, y que al músico le sirvieron de mucho a la hora de componer.

«Zambra manchega... En el patio de la bodega de don Francisco hay gran algazara. Dos parejas bailan seguidillas manchegas al son guitarrero de «cantina», quien, al propio tiempo, lanza copias y copias sin dar descanso a su lengua. Guerrero, lápiz en ristre, toma apuntes cuando la copia dice algo nuevo. Por lo general son los estribillos los que encierran mayores novedades típicas» (...) «El alguacil del juzgado dirige la zambra. Es 'el bailarín' por su arte de

buen danzante y porque así lo ha consagrado el pueblo en su remoque».

Y Guerrero sigue tomando notas en su cuadernillo y en su mente para la gran obra que se está gestando en su corazón.

«Las azafraneras... Dos grandes mesas pueblerinas, rodeadas de muchachas. Sobre los tableros, un montón de la bellísima rosa del azafrán, color violado claro. Las muchachas, con destreza sin par, extraen los clavillos rojos de cada flor, amontonándolos en un platito pintado. Al terminar la faena, la séptima parte de lo recogido será para ellas. Buen sistema de participación en los beneficios».

«Llegan dos o tres mozos. En las mejillas de otras tantas mozas se dibuja el carmín del rubor...». Según era costumbre, los mozos tomaban flores del montón en la mesa y, extrayendo los clavillos del azafrán los iban tirando en el platillo de su amada. Detalle que haría, supongo, anotar a Guerrero los pormenores que le hicieron componer luego:

De mondar muchas rosas
Yo no me alabo
Porque no tengo novio
Que tire el clavo.

Y sin apenas esfuerzo, sólo con la observación de lo que halla a su alrededor, Jacinto Guerrero va construyendo las imágenes, las letras y la música de su «Rosa del Azafrán».

A quienes hayan visto la gran zarzuela les será familiar, forzosamente, estos apuntes tomados por el maestro en su cuadernillo de viaje:

«Camino de casa, ya cerca de la media noche, dos notas pinto-rescas, sobre el eterno tema del amor... Un mozo baja por la calle cantando. Al hombro lleva una larga escalera y una manta de batán. Va a hablar con la novia que tiene la ventana en el piso alto. La manta es para cubrir el idilio. Por contraste, tropezamos con un hombre que parece muerto. Pero el muerto es un vivo. Es otro enamorado, cuya novia no tiene ventana, y los amantes hablan por la gatera del portal.

«Si me alviertes al pedirte
 Que no ties ventana baja
 No es el hijo de mi madre
 El que sube a tu ventana
 ¡Ay, ay, ay!
 Ya verás mujer lo que te espera
 ¡Ay, ay, ay!
 Cuando suba yo por la escalera»

O, relacionado con estas rondas nocturnas de los mozos, aquello de:

Hoy es sábado y no quiero
 dormir en la quintería
 porque rondan los gañanes
 y yo me muero de envidia
 si me entero
 de que rondan
 las esquinas
 de mi novia.

Recordemos por último otro párrafo de este «diario de viaje», que a los amantes de la zarzuela que comentamos nos traerá recuerdos de sus canciones:

«Otro rato de zambra manchega en el amplio corral de Pantoja. También aquí interviene el alguacil: pero no con la danza, sino cantando unas austeras «labradoras» clásicas, mientras andando a paso lento, finge arrear una yunta castaña, clavando la aguda reja en el terruño y moviendo a ritmo la vara de gavilanes».

En estos apuntes tomados al vuelo en el viaje, queda retratada una de sus canciones más conocidas.

«Sembrador
que has puesto en la besana
tu amor:
la espiga de mañana
será tu recompensa
mejor.

He dicho

